

A QUEMARRR PA



www.semananegra.org



GIJÓN, 8 de julio de 2019 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXXII • GRATUITO • N° 4

CREAR



ESTO NO ES FICCIÓN

Por Fernando López
Páginas centrales

□ Todos los creadores y creadoras posibles y todas las creaciones imaginables alberga este festival. Creadores de novela, de poesía, de ensayo, de historietas, de músicas variopintas. Creadores de diversión y de reflexión. Creadores de sí mismos, también, como nuestro **Michel Suárez**. El hombre es un creador, cantaba **Victor Jara**. Eran otros tiempos y el bardo chileno no cantaba también a la mujer creadora, pero hoy debería hacerlo, porque ya en su tiempo había creadoras espléndidas, pero hoy son legión aún más numerosa que entonces. Mujeres como la boliviana **Alexandra Ramírez**, que ha venido desde Bolivia a demostrarnos la viveza y la fertilidad de la escena cultural de allá, o como **Noemí Trujillo**, que ayer nos presentó *Si esto es una mujer*, escrito al alimón con **Lorenzo Silva**, la primera novela negra de una serie protagonizada por la inspectora de homicidios **Manuela Mauri**. Crear, crear, crear: ésa es la consigna.

CARPA DE LA PALABRA

Por Alberto Arce
Página 2

Ayer, en la Carpa de la Palabra...

Por Alberto Arce



Oscar Iglesias, Anthony Horowitz y José Manuel Estébanez.



Germán Menéndez y Jesús Palacios.

Comienzo extemporáneo: **Taibo**, escribe la biografía de **Javier Bueno**, por favor. No lo dejes pasar más.

La tarde del domingo navegó rumbo al mar por tres vertientes del mismo río. Exilios, memorias y fronteras desembocaron en la mejor de las manifestaciones de la venganza: el mar de la ironía. Un día de marejada. Convertido en pura risa.

Félix Hernández Rojas presenta un libro de portada *kistch* —el toro de Osborne cómodo en el desierto de Texas— divagando sobre lo fantásticas que resultan las bilocaciones para casi todo. Por ejemplo, para tratar al poder desde el humor. Elige no mencionar a quien yo pongo nombre, **Donald Trump**, para hablar de lo que representa, que es aquello contra lo que escribe. En una época caracterizada por la separación, por la división, por intentos de anular la riqueza que aporta la diversidad, parte del trabajo académico del profesor **Fernández-Armero** y su imperdible *Nuestra América: una historia hispana de Estados Unidos* para reivindicar Texas como lugar que se comunica en español y se define latino frente a la ola del supremacismo blanco que avanza quemando tierra y se ha convertido en el principal virus que exporta hoy Estados Unidos al mundo. No se despeña por la senda manida de la pseudomelancolía ni el nacionalismo pese a su polo amarillo, a juego con la chaqueta roja de quien lo presentó, pero recuerda que hace siglos, antes de que alguien se planteara la existencia de Estados Unidos, el español, los españoles, el mexicano y el castellano, ya estaban allí. Luego llegó la guerra, la expulsión, la imposición y a esa peligrosa tontería le responde desde la acción, creando un trasunto contemporáneo de los *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Como planteamiento, difícil de superar.

Rebasada la frontera político-identitaria cultural, el viaje reula hacia la introspección.

Anthony Horowitz, uno de los guionistas más importantes de la televisión inglesa, de bronceado elegante y con esa sonrisa irónica propia de los autores de grandes pastiches de detectives que navegan difusos entre la bruma londinense, charló sobre su producción de novela adulta para lectura

juvenil. El primer golpe, a la familia. *El regreso de la abuelita*. Tuvo una abuela egoísta, cruel, avara, que no compartía nada; una persona a la que temer. Un personaje a neutralizar. Nadie se rio con ella en vida, porque nunca quiso a nadie. Y hoy, aunque sea de ella, alguien se ríe gracias al ajuste de cuentas de su nieto, que propone el borrador de una ley moral: hay que respetar a los adultos pero sólo si los adultos se lo merecen; si han intentado de algún modo que el mundo sea un lugar mejor.

Lidiada la abuela, miró más cerca. Y comenzó a escribir sobre una escuela donde todos los maestros son monstruos, monstruos buenos, gente buena por dentro y en su comportamiento pese a su aspecto. Una serie inspirada en el internado al que le enviaron a los ocho años, oscuro y repleto de monstruos reales, de profesores de internado empeñados en destruir vidas a base de bastonazos. Con la intención de vencerlos a largo plazo, de divertirse a su costa. (*Disclaimer: J. K. Rowling inventó el personaje de Harry Potter años después*).

Reflexiona con autocrítica. Dice que los libros tenían que ver con él y su familia, obvio. Era un niño rico, gordo e infeliz que vomitaba. Y no tuvieron éxito. «Hasta que no superé mi trauma y comencé a fabular en vez de descargar dolor, no triunfé como escritor». Lección. Siguió. En aquella época de sufrimiento, se estrenaba cada año, recuerda, una película de James Bond. En esas dos horas de pantalla estaba todo lo que le faltaba a su vida. Clima, exotismo, comida. Y allí se plantaba durante horas y horas esperando para sacar entradas y ser el primero en el pueblo en ver la película. No cuesta entender que de ahí pasó a fabular a Alex Rider a partir de la siguiente premisa. ¿No sería fantástico que James Bond inspirara a un adolescente que no quiere ser espía, se resiste a ser un héroe, de ningún modo es patriota y, a su pesar, se ve impelido a enfrentarse a villanos, megalománias y misiones imposibles, salvar el mundo en definitiva, y en las que el chavalín vence siempre? ¿Duda alguien de que un adolescente tendría más capacidad que un cincuentón para desfacen entuertos? Nadie. De entre la decena de

libros que ha escrito, los primeros no lograron vender más de cinco mil ejemplares. Luego llegó Alex Rider, que partió de 25.000 copias, pasó a 50.000, de ahí a 100.000 y en veinte años ha vendido veinte millones. Moraleja: el éxito como escritor depende sólo de la persistencia. La diferencia entre un escritor de éxito y uno fracasado es que este último dejó de escribir. A él esa persistencia hizo que le sonara al teléfono una llamada. De la familia de **Ian Fleming** para pedirle que escribiera una novela de James Bond. No una película de James Bond, distanciadas en la pantalla cada vez más del espíritu de los libros, sino para regresar a la década de los cincuenta y los sesenta, a los relatos pretecnológicos, al idioma, la actitud original. ¿En todo? No. Con una excepción, una evolución profunda, que matiza y explica: el modo de relacionarse con las mujeres de Ian Fleming es indefendible hoy en día. Y ha escrito en consecuencia. El tabaco compulsivo en una novela que leen adolescentes es indefendible hoy en día. Y ha escrito en consecuencia. Horowitz construye puentes a sueldo entre la historia y el presente para la familia de Ian Fleming. Sigue escribiendo novelas de James Bond.

Tras las fronteras y la memoria, el exilio. Que es memoria de las fronteras por las que se huyó. La Federación Socialista Asturiana sentó una mesa de tres personas, **Maricuela, Nelly, Avelino**, con más de doscientos años de lucha antifascista (de la de verdad) a la espalda.

Parece difícil que una persona que no ha ido a la escuela escriba un libro, más aún que escriba dos. En el caso de Maricuela, no es ni de lejos lo más complicado que ha hecho en su vida. Desfiló con su madre el día que se proclamó la República, perdió un hermano en la revolución del treinta y cuatro, era protagonista de una obra de teatro, y mientras bailaba de noche celebrando un estreno exitoso, alguien anunció que el Ejército había dado un golpe de Estado en África. Al día siguiente, con dieciocho, años salió, ya miliciana, a combatir como voluntaria en el frente del Norte. Tras la derrota, condenada a muerte, durmió cuatro años en el suelo de una cárcel comiendo mal y pasando

frío y terror. Salió a Francia poco después en cuanto pudo. No cuesta imaginar que una vez rebasados los cien años se considere una persona con suerte. «Me tocó de todo». Ríe. Cómo no va a reír. Estalla en carcajada como sólo una combatiente puede hacerlo. Sugiero que *Mongolia* la fiche. Le haría sombra a **Edu Galán** y **Darío Adanti**.

Nelly Fernández, ochenta y siete bellos años. Voz firme. Socialismo en acción. A los cinco años ya habían asesinado a su padre y a su abuelo. Llegaban malas noticias de lo que sucedía en los lugares en los que entraban las tropas fascistas y el 7 de septiembre de 1937 salió del puerto de San Juan de Nieva en la bodega de un barco inglés, bajo el fuego del *Almirante Cervera*. Cuando algunos de los refugiados se dieron cuenta de que la derrota era la inversa a la esperada, una traición, y no navegaban rumbo a Francia sino a un campo de concentración en Celanova, mataron al capitán y lo lanzaron al mar para poder llegar a Francia, donde fue cuestión de semanas que empezaran a atracar los barcos que llegaban del puerto de Gijón, se agolpaban demasiados refugiados y se vieran todos lanzados de vuelta a Cataluña, que aún no había caído. Recuerda Nelly las llamas de Barcelona en la distancia. Los bombardeos nazis que pudieron haberla matado allí mientras entrenaban para arasar Europa. Los milicianos derrotados que la sacaron rumbo a Francia, que le salvaron la vida en la caja de un camión. Con toda la consideración y cuidado. Parando masía a masía para conseguir leche y pan para los niños. Caída Cataluña, la tristeza. Una inmensa tristeza, una pesadilla nocturna que nace de su regreso a la estación de tren de Avilés, el lugar donde otros asturianos, monstruos disfrazados de personas, escupían a quienes llegaban. Su abuela no pasó siete años sin salir de casa sin motivos. Cuando su profesor de Formación del Espíritu Nacional en Avilés insultaba años después a aquellos milicianos que le habían llevado leche y pan durante la evacuación de Cataluña, Nelly lloraba, Nelly está llorando. ¿qué te pasa Nelly?, preguntaban. Y tenían que callar. No podía explicarlo. El enfado, si lo tiene, no se le nota.

Nelly reflexiona sobre la incapacidad de frenar el golpe, la incapacidad para ganar la guerra, la tremenda barbaridad que llegó a medida que avanzaban las tropas franquistas. A medida que españoles que se decían de orden y misa se comportaban como verdaderos salvajes. Reflexiona, se repite, reflexiona, se repite. Esboza respuestas de historia ficción. Si hubieran fusilado a **Sanjurjo** en el treinta y dos, los militares quizás no se hubieran atrevido a dar el golpe en el treinta y seis. Se corrige. Dice *concordia*. Pero si hubieran fusilado a Sanjurjo. Sabe que se contradice. Tiene todo el derecho. Sigue. Creemos que las cosas funcionan. Vivimos tranquilos. Creíamos que las cosas funcionaban, creíamos que éramos libres. Salta en la historia. No estamos libres de que en cualquier momento un loco dé un golpe de Estado, fracase, estalle una guerra y nos cambie la vida a todos. Sobre todo a los perdedores. Repite: fue de un momento para otro, fue de un momento para otro, fue de un momento para otro, fue de un momento para otro. Hay que cuidar que no aparezca otra vez un loco como el que apareció entonces.

Avelino marchó de España la noche del 1 de mayo de 1962 en plena huelga minera, entre balas y dejando a su mujer embarazada de ocho meses en casa. Logró no dejarse atrapar, cruzar el Nalón y llegar a casa de **Ramón Rubial**, que sería presidente del Partido Socialista tras dos décadas en prisión. Año y medio escondido en la casa de Rubial. Año y medio escondido antes de poder pasar a Francia. Desde allí, como albañil, escayolista, sindicalista, entraba en Asturias y enlazaba a los dos socialismos, el del exilio y el del interior. Regresaba a Francia, volvía a enlazar, a arriesgarse la vida, a pelear, regresaba a Francia, trabaja y de vuelta a Asturias. A trabajar. En el sindicalismo, en el socialismo, en la mina. El exilio español, dice Avelino, fue un exilio largo, de supervivientes de un desastre. Un exilio negro.

En esa carpa repleta faltaron los jóvenes. Tendrían que haber escuchado el aviso de Nelly hasta que les retumbase: Fue de un momento para otro, fue de un momento para otro, fue de un momento para otro, fue de un momento para otro.

TINGLADO, EXPOLIO Y PODER

Con la Iglesia hemos topado; nos topamos ayer, al menos, en la charla que abrió la jornada en la Carpa del Encuentro. Se trataba de presentar un libro de reciente publicación en la editorial Akal: *Iglesia, S. A.: dinero y poder de la multinacional vaticana en España*, escrito por el periodista Ángel Munárriz y que pasa revista a una ignominia irresuelta: la cantidad ingente de recursos que viajan cada año del erario público a lo que Munárriz considera no otra cosa que una empresa privada, la Iglesia católica.

A juicio de Munárriz, es preciso y urgente que España acometa una tercera desamortización que suceda a las ya remotas de Madoz y Mendizábal en el siglo XXI. La Iglesia —denuncia— no sólo se dedica a frenar cualquier empeño social o moralmente emancipador sino que disfruta de una suerte de «rescate público permanente» y vive fuera de los radares del fisco, tan diligentes en su labor de vigilar

y castigar el fraude por lo demás. Apenas paga impuestos por sus ingentes propiedades inmobiliarias y, lejos de desempeñar una labor fundamentalmente social, despliega lo más de su actividad en campos mercantiles que uno creería reservados a empresas propiamente privadas, consagradas al beneficio puro y duro. «Asesorada por la gran banca, incrustada en la élite económica, la institución católica no ha desdeñado ni la especulación ni las técnicas de elusión fiscal a su alcance. Más parecida al Opius que a Cáritas, más a los kikos que a los franciscanos, más a Wojtyła que a Bergoglio, más a la banca vaticana que al monte de piedad, la Iglesia española es hoy una institución apartada de sus fines vocacionales», expone el libro y expuso ayer Munárriz a un público nutrido y que participó activamente en la charla haciendo preguntas y comentarios.

«Nacionalcatolicismo con cargo a la democracia» es el título de uno de

los epígrafes del libro, que denuncia también que la fortaleza de la Iglesia significa la debilidad del Estado, desoladoramente incapaz de dejar de financiar un modelo educativo que «se asienta sobre la anulación de los principios de universalidad, solidaridad, equidad y redistribución, sustituidos por una mezcla de fachada meritocrática y caridad inmovilista». Se pasa revista en *Iglesia, S. A.* —tales son los títulos de los sucesivos capítulos— el tinglado, el Paraíso, el sumidero, el expolio, el poder, la pizarra y el negocio de la multinacional más antigua del mundo. «Si aceptáramos —explica Munárriz— que la Iglesia es una empresa, sería, pese a su grandiosidad económica, una empresa mal adaptada al capitalismo. No puede moverse con la agilidad que reclaman las reglas del libre mercado. No puede aceptar fusiones, no puede cotizar en bolsa, no puede admitir que le entren fondos de un *private equity*, no puede

hacer una ampliación de capital, no puede sacar nuevos productos al mercado ni retirar los que ya tiene, no puede imitar productos de la competencia...», y en consecuencia debe sostenerse «rascando dinero de donde puede. Recabando de sus fieles. Explotando sus bienes, vendiendo todo lo que puede vender —viviendas, libros, estampitas o dulces, tanto da—,

cobrando por todo lo que puede cobrar, invirtiendo hasta donde sus reglas y la opinión pública permiten, alquilando todo lo alquilable». Pero como con eso no le llega, porque su colosal estructura necesitaría una operativa mucho más ágil, necesita al Estado; especie de otro yo. La Iglesia «no sabe vivir de otra manera que el Estado», afirma Munárriz.



Nuestros héroes



España Cañi: así se llamaba uno de los tanques que, llenos de españoles duros como pederiales y que llevaban librando la segunda guerra mundial cuatro años más que sus camaradas estadounidenses, franceses, ingleses, soviéticos, encabezaron el 24 de agosto de 1945 la gozosa entrada de los Aliados en la capital liberada de Francia. Eran vencidos de una guerra, pero se convirtieron en vencedores de otra. Y ayer se los homenajeó, se homenajeó a La Nueve, en la Carpa del Encuentro.

A Evelyn Mesquida, una de las participantes en el encuentro, autora de *La Nueve: los españoles que liberaron París*, uno de aquellos hombres —asturianos para más señas—, Manuel Fernández le contó lo siguiente en una de las entrevistas que la periodista le hizo como parte de su documentación para la obra. Cuando la segunda guerra mundial le suministró armas y tanques y le dio la oportunidad de vengar su derrota en la guerra de España, exclamó retóricamente pensando en los malvados que la habían causado: «Ya vais a ver». Fernández le añadía a Mesquida en la entrevista: «¡Y vieron!».

Eran aquellos hombres auténticos parias de la tierra mezclados con otros venidos de decenas de exilios. Y Francia ya ha ido homenajeándolos, pero lo hace como a regañadientes, algo reticente aún a asumir que el país debe su liberación a ciudadanos no franceses y en gran parte a españoles impulsados por «valores que los hicieron luchar hasta el final y hasta la muerte». De los 146 españoles que conformaron La Nueve junto con otros catorce hombres de otros lugares, sólo 16 llegaron al Nido de Águila de Hitler, contó ayer Mesquida.

Recordar y homenajear a aquellos hombres —opina el historiador Secundino Serrano, otro de los invitados a la mesa redonda— «no es fun-

damentalmente tarea de historiadores ni de periodistas, sino de los ciudadanos. Uno no entiende que este país no exija a sus representantes que la España republicana forme parte de la identidad de España. En aquella época, lo mejor de España no estaba en España, sino en Europa luchando por las libertades de todos». El historiador también recordó con indignación la ocurrencia del entonces ministro de Defensa español José Bono de incluir en el desfile del Día de las Fuerzas Armadas del 12 de octubre de 2004 a un superviviente de La Nueve y un combatiente de la División Azul, ejemplo de una intolerable equidistancia que abona la desmemoria.

Alejandro M. Gallo, otro de los participantes en la mesa, autor de una novela sobre La Nueve titulada *Morir bajo dos banderas*, apuntó que para muchos de aquellos supervivientes republicanos de la guerra de España, París no fue el final de su carrera militar: los hubo que acabaron incluso en el Vietcong, luchando contra el imperialismo estadounidense. Gallo explicó también por qué un Ejército con decenas de miles de soldados que rodeaban París decidió enviar a liderar la entrada en la capital justamente a aquellos hombres: «Eran los imprescindibles, porque llevaban luchando nueve años en lugar de sólo seis y seguían vivos, con lo cual eran unos soldados natos y a los mejores; pero eran prescindibles también, porque si los mataban, no pasaba nada, no eran franceses».

A la mesa estaba sentado también Paco Ignacio Taibo II. «Uno puede tener los padres o los abuelos equivocados, casarse con la mujer equivocada e incluso tener los hijos equivocados, pero tiene los héroes que le da la real gana, los puntos de referencia simbólicos que prefiera, y los míos son los hombres de La Nueve», dijo, y nosotros lo aplaudimos y lo compartimos.

GOYA NOIR

La Semana Negra presenta cada año a sus fieles a una pléyade de nuevos autores, pero también los reencuentra con una serie de escritores y escritoras que no se pierden una edición, y de los que uno pensaría incluso que escriben y publican sus novelas con cadencia anual con la mirada puesta en este festival que siempre los trata bien. Una de esas habituales es Berna González Harbour, periodista y escritora santanderina cuya serie negra protagonizada por la comisaria Ruiz va ya por la cuarta entrega, que es la que ha venido a traernos este año y la que se glosó ayer en una presentación muy concurrida. Su título es *El sueño de la razón*, y su trama nos ubica en un mes de mayo, tiempo de fiestas en torno al río Manzanares, en el que unos animales muertos son el primer indicio de una anomalía que pronto va dejando más huellas letales, y entre otras, la ejecución de una joven becaria de historia del arte en uno de los puentes del río. La Policía investiga magia negra, acoso sexual o sadismo, pero los distintos sucesos empiezan a conformar una serie de escenificaciones que acaban llevando a la comisaria hasta el legado de Francisco de Goya.

Explicó Harbour que el libro parte de dos goyas concretos separados por más de treinta años pero interrelacionados: *La pradera de San Isidro*, de 1788, un cuadro luminoso y colorista en la que el artista aragonés pinta «la España que mira a Francia, a Europa, a las luces, a la Ilustración», y una de las Pinturas Negras que el Goya anciano y desencantado, perseguido por el absolutismo fernandino, pinta en la Quinta del Sordo antes de marchar al exilio en Francia, donde morirá. Ese segundo cuadro es *La romería*, donde aparece —explicó Harbour— «la misma gente, los mismos madrileños, pero pintados en negritud, en oscuridad». La escritora relacionó esa doble España pinta-

da por Goya con la «España de capas» en la que vivimos hoy; una España en la que «parece que hemos salido de la crisis, la macroeconomía dice que todo va bien, pero hay capas ocultas de exclusión, gente que vive fuera del sistema en casas *okupas*, en subterráneos de Madrid, etcétera». El propio Goya —explicó— «pintaba a los grandes aristócratas de su época, pero llevaba siempre un cuaderno para sí mismo en el que iba pintando a la gente real; a aquella otra España diferente de la oficial».

La novela tiene una dimensión didáctica: el lector va aprendiendo sobre los cuadros de Goya —que Harbour, enamorada del Prado, conoce bien— al ritmo con que lo hace la comisaria Ruiz, obligada a ese aprendizaje a fin de proveerse de herramientas que le permitan resolver el caso. Es también una novela de personajes «muy, muy interesantes» en palabras de Ángel de la Calle, que presentó a la periodista y escritora.

Se ilustró también en la presentación cierta crítica necesaria que la novela también contiene. Tal y como explicó Harbour, «la comisaria Ruiz parte siempre de la duda de lo obvio, de lo evidente, y cuando aparece esta chica muerta en una esclusa del Manzanares y se la identifica como becaria de arte, enseguida todos los estudiantes y el ámbito de la Universidad enfoca a su jefe y profesor, que estaba obsesionado con ella y la acosaba, y empieza a hacerle escraches en su casa. Yo quería reflejar esta sociedad que condena rápidamente y para la que a veces un tuit es más importante que la verdad».

Terminada la presentación de Berna González Harbour, fue el turno de Anthony Horowitz, que vino a presentarnos su *Asesinato es la palabra*, y seguidamente de Lorenzo Silva y Noemí Trujillo, que nos trajeron *El olor de las magnolias*.



ESTO NO E

FERNAND



Familiares de las víctimas asisten

Cuando me pidieron que escribiera sobre los campos de la muerte en las narraciones contemporáneas, me senté frente a mi biblioteca para tomar una decisión: tengo tres estantes con libros sobre esa temática y estuve varios días barajando las posibilidades de abordaje, con la idea de referirme a algo distinto, algo sorprendente, y eso tuvo que ver con el recuerdo de un libro que había logrado impactarme; libro escrito por un comisario de policía, hijo de otro comisario que no había participado en la represión antilibertaria de los años setenta, presuntamente ejecutado en un operativo atribuido a la organización armada Montoneros. La investigación judicial quedó trunca porque el expediente «se quemó accidentalmente» y sus autores quedaron impunes.

El libro se titula *La búsqueda*, fue editado por Sudamericana-Random House en 2016 y de entrada es difícil encajillarlo en un solo género. Bien podría caer en la definición de *thriller*; en el ensayo o bien, como lo define el editorial, en «biografías y testimonios», aunque a medida que uno avanza en su lectura se sumerge en una sensación que excede la posibilidad de encajillarlo. Ese libro llegó a mis manos por sugerencia de la editorial cuando estaba organizando el III Encuentro Internacional de Literatura Negra y Policial CÓRDOBA MATA, inspirado en la Semana Negra de Gijón y del que podría decirse que es un hermano menor.

El autor de *La búsqueda* es el ex-

comisario **Miguel Robles** y la historia comienza el 3 de noviembre de 1975, cuando su padre cayó muerto por las balas de un comando armado en la Ciudad Universitaria. El autor tenía entonces cinco años y creció convencido de que había sido ajusticiado por un comando guerrillero de la organización armada peronista. Su infancia y adolescencia transcurrieron con la impronta de aquellos años de lucha armada y apenas tuvo la edad necesaria ingresó a la Escuela de Policía. Cuenta que poco tiempo después comenzó a toparse con rumores y versiones que contradecían la versión oficial y a partir de entonces pasó largos años de su vida buscando la verdad. Habló con antiguos camaradas de su padre, con testigos presenciales y finalmente, por intermedio de un integrante de un organismo de derechos humanos, se enteró de la existencia de un personaje exiliado en Inglaterra, **Carlos Raimundo Charlie Moore**, que había estado seis años preso en el Departamento de Inteligencia, conocido como D2, el principal centro de detención clandestina en la provincia de Córdoba, por integrar una célula armada del izquierdista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Moore escapó de sus captores luego de haber sido obligado a colaborar en la represión ilegal y durante mucho tiempo elaboró informes de inteligencia para los represores. Llegó a Brasil a finales de 1980 y ante el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados brindó una extensa y deta-

llada declaración de su experiencia como detenido en ese centro clandestino, que sirvió de base en los juicios contra **Jorge Rafael Videla**, **Benjamín Menéndez** y otros 29 acusados por crímenes de lesa humanidad. Se refirió, entre otros hechos, a varios asesinatos de policías perpetrados por miembros de la propia institución. Encontrarse con esa declaración movilizó al excomisario Miguel Robles a localizar a Moore en Manchester, al norte de Inglaterra, desde donde el exiliado pasó de ser un traidor a las causas populares a testigo fundamental y privilegiado de los vaivenes de la política represiva en Córdoba a partir de 1975.

Con palabras de Moore, el excomisario se enteró de cómo había sido y quiénes fueron los ejecutores de su padre y durante los días en que estuvieron reclusos en una pequeña vivienda en la localidad de Scarborough, cerca de Escocia, tuvo acceso a importante información sobre la vida cotidiana de los detenidos que habían logrado sobrevivir en el siniestro D2. Entre ellos estaban el propio **Charlie** y su esposa. Habló también Moore de los represores, que cada vez eran menos, como eran menos los detenidos a medida que pasaba el tiempo, hasta quedar solo, absolutamente solo en la última ubicación urbana del centro clandestino, con un solo guardia, armados los dos y al borde de la locura como el resto de la dotación por una serie de acontecimientos increíbles que los marcaron para siempre. Repito: increíbles, difi-

cilmente aceptables si no hubiesen sido contados detalladamente por un testigo presencial, dignos de una novela o una película de terror. ¡Escalofriantes, y absolutamente verídicos!

Por ese centro clandestino de detención, originariamente ubicado en el pasaje Santa Catalina, entre el cabildo histórico y la catedral —que los escritores invitados a CÓRDOBA MATA visitan todos los años— y finalmente en dependencias del cuartel de bomberos en el barrio Alberdi, pasaron miles de detenidos que fueron torturados, asesinados y desaparecidos, incluyendo a todos los bebés que nacieron en cautiverio, de los cuales fueron arduamente buscados desde 1976 hasta ahora y recuperados 130 sobre más de 400. Todo es tan siniestro como comprobar desde uno de los patios del D2 original cómo se podían observar las torturas y percibir los gritos de los detenidos y las detenidas desde un mirador de la vecina catedral, símbolo de una jerarquía eclesiástica cómplice de la dictadura militar. Mete miedo pensar que alguien se hubiese asomado y no hubiese hecho lo humanamente posible para intervenir contra esas prácticas crueles.

Desde el reducto policial del D2 salían a cometer tropelías los llamados Comandos Libertadores de América, una creación cordobesa hija de la AAA (Alianza Anticomunista Argentina). Digo *tropelías*, porque no sólo salían de noche en sus Ford Falcon verdes —con los tanques llenos de combustible que les proveían gratuita-



ES FICCCIÓN

LO LÓPEZ



al juicio de Videla y Menéndez



mente algunas estaciones de servicio— a secuestrar, torturar y matar supuestos opositores al sistema, incluyendo sindicalistas, militantes, docentes, obreros y estudiantes, sino que se apropiaban de todos los objetos de valor que encontraban en las casas allanadas, y en algunas oportunidades obligaban a los detenidos a transferir propiedades con la complicidad de escribanos que se prestaban a certificar esas operaciones. Toda una maraña confusa y difícilmente gobernable, a tal punto que la AAA y el CLA desaparecieron cuando los militares tomaron las riendas de la represión ilegal. Hasta tanto, pasaron miles de hombres, mujeres y niños por esas celdas heladas y mugrientas, bajo las miradas silenciosas y cómplices que se repetían desde el mirador de la catedral.

Pero lo más inquietante de esta historia, la razón por la que la elegí para esta nota, es lo que pasó dentro de las instalaciones vaciadas de detenidos y de guardias en el ocaso de la repartición, cuando simultáneamente se fueron desarmando todos los centros clandestinos. Al final de sus días como prisionero, después de la ejecución en la playa de estacionamiento del cuartel de bomberos de un detenido uruguayo y de la liberación de otro colaborador, a Charlie Moore le permitían salir a la calle y tenía un régimen de puertas abiertas. Siempre tuvo el temor de que alguien lo identificara en la calle y lo liquidara, y al quedar solo también quedó un solo

guardia con el que se hacían compañía en ese lugar siniestro, de día y de noche. Fue a partir de esa circunstancia que empezaron a ocurrir cosas muy raras, horribles, que pusieron en juego la cordura de ambos y de todos quienes por cualquier motivo debían concurrir a realizar alguna tarea. Moore le cuenta a Robles que empezaron a escuchar ruidos, golpes, alaridos en una única habitación del primer piso del edificio principal. De noche nadie iba a ese lugar ni aun cuando en la planta baja estuviera el casino donde veían televisión. Nadie se animaba. Una noche se escucharon ruidos muy fuertes en la puerta que daba a la calle. Después de dudar un rato decidieron abrir y se encontraron de frente con policías del comando radioeléctrico, armados hasta los dientes, provenientes de la sede de la institución ubicada muy cerca del lugar, que concurrieron al ver que las luces de la planta alta se prendían y se apagaban. También habían visto gente que parecía estar bailando. Mientras subían por la escalera seguían sintiendo golpes y alaridos y los recién llegados también se asustaron, tanto que antes de llegar arriba decidieron llamar a la Guardia de Infantería. Rodearon la cuadra y finalmente entraron. ¡Nada! Todo estaba normal, las cosas en su lugar y completamente vacío de personas. Pero los ruidos y los pasos y los gritos siguieron escuchándose y las puertas y ventanas se abrían y cerraban

aunque no hubiese viento, y en todas esas noches nadie se animaba a subir a verificar qué pasaba. Hablaban de una *entidad anormal* que se había formado en esa habitación cerrada y a la que nadie quería entrar.

Esa locura generalizada que alcanzaba a todos los guardias que se sucedían en la jornada y también al prisionero tuvo un punto culminante. Un punto que quizá revela como ninguno el grado de su paranoia. Cuando los últimos prisioneros terminaron de pintar el edificio, sacaron al patio de celdas un armario enorme que pesaba como una tonelada. En ese armario supuestamente estaban los expedientes con los datos de los prisioneros que habían pasado por ahí. Una noche en la que milagrosamente no había ningún ruido ni movimiento, se escuchó de

pronto un fuerte ruido sobre el techo del armario como si hubiese detonado una bomba. Moore estaba sentado en su celda tratando de dormir y el guardia del otro lado del patio, ambos armados con ametralladoras. Se armó un tiroteo fenomenal. Dispararon las armas hasta quedarse sin balas. Cuando se disipó la humareda con olor a pólvora, comprobaron que un pobre gato había saltado desde el techo del edificio al techo del armario y quedó despedazado.

Nunca se supo qué producía esos ruidos y gritos y pasos que se escuchaban en esa habitación desocupada. La aparición de esos fantasmas tuvo que ver, sin duda, con la conciencia culpable de estos asesinos.



Jorge Rafael Videla, Benjamin Menéndez

espacio

A QUEMARROPA

Por Jesús Palacios



Michel Suárez y Dulce Gallego.

El día de ayer, el Espacio A Quemarropa estuvo a punto de cambiar su nombre por Espacio Ángel de la Calle, quien se pasó buena parte de la tarde oficiando de anfitrión, presentador y maestro de ceremonias de la susodicha carpa, pese a lo cual sabemos también de buena tinta —que es la única tinta que usamos en esta casa— que se las apañó para estar al mismo tiempo en la Carpa del Encuentro y quizás en otras más, visibles e invisibles. Empieza uno a sospechar que este hombre, aparte del don de un verbo ágil y un ingenio tan incisivo como eficaz, posee el de la ubicuidad o como mínimo el de la bilocación, con lo que pronto es posible que le veamos en Cuarto Milenio dando explicaciones, lo que siempre será mejor que ver a Iker Jiménez dándolas en la Semana (muchas explicaciones tendría que dar, por cierto). Sea como fuere, le tocó también a Ángel introducir la primera de la tarde, que no fue sino la interesante presentación del libro de pensamiento, filosofía y letras *El fondo de la virtud* (Trea), de Michel Suárez, doctor en historia contemporánea que, como tal, intenta sanar, si no toda la historia, al menos parte de la que nos toca y nos es, por tanto, contemporánea. El caso es que este hombre de buena planta, tez morena y elegantemente trajeado, con aires de dandi de otro tiempo, acompañado por Dulce Gallego, tan combativa como siempre, expuso con pasión y razonamientos moderados la profunda desazón y disgusto que le provoca esta era maquinista, materialista y fea, siendo como es profundo admirador de la belleza, los ideales clásicos e ilustrados —de la Ilustración, se entiende— y la necesidad de recuperar la buena vida y el amor al arte por el arte. Invocando nombres que raramente se escuchan por estos andurriales semaneros (Georges Bernanos, el del cura de campaña; Léon Bloy, el desabrido genio reaccionario admirado por Borges... Dos católicos de armas tomar) y confesando sus débitos para con Lewis Mumford, autor de esa obra maestra

del pensamiento del siglo XX que es *El mito de la máquina* (Pepitas de calabaza), así como para con sus ideas sobre esa infame Megamáquina que rige por igual las pretensiones utópicas e inevitablemente totalitarias de capitalistas, fascistas y marxistas (no en vano, Suárez es editor de la revista *Maldita Máquina. Cuadernos de crítica social*), el autor resucitó las viejas quejas de socialistas fabianos y prerrafaelistas como William Morris exigiendo a este mundo contaminado, ruidoso y miserablemente utilitario que deje de pensar de una vez por todas en los seres humanos como engranajes de una máquina y, más allá de las supuestas virtudes del racionalismo, la eficacia y el orden, haga sitio también a la imaginación, la fantasía y la belleza. ¡Ay, lástima que, como él mismo confesara, tiene las quejas pero no las soluciones! Para que el mundo supere la dictadura de la publicidad y el consumo que le consume no bastan bellas palabras —y cito al propio Suárez: «¡el enemigo es el progreso!»— y el libertario de otrora —nada que ver con el neoliberal mercantilista— debería quizá volver a la bomba anarquista para cambiar algo a fuerza de golpe terrorista, cosa que, en realidad, a ninguno nos agradaría demasiado. Aunque, como bien sabían algunos estetas del pasado, de la destrucción puede surgir también la belleza, pero... ¿a qué coste? Mientras, tampoco está mal arramplar contra ciertas vacas sagradas del falaz estructuralismo y la filosofía posmoderna afrancesada, y felicito desde aquí al autor por su definición de Foucault como «gran deprecador de la verdad».

Belleza no le faltan, en cualquier caso, a los personajes de la dibujanta, arquitecta y animadora —de dibujos, no de fiestas— boliviana Alexandra Ramírez, que no contenta con dirigir el festival de cómic Viñetas con Altura, que se celebra en la capital boliviana de La Paz, es también la creadora de *Los amigos de el Muro*, una serie multimedia que abarca cuentos infantiles, historietas breves y un proyecto de anima-

ción, cuyo innegable encanto bebe en fuentes tan diferentes como Tim Burton o la cultura autóctona boliviana, y algunos de cuyos personajes han alcanzado ya inusitada popularidad en su país de origen. Presentada por Ángel de la Calle, Alexandra nos contó con detalle el laborioso proceso de confección de sus muñecos de tela y metal, fabricados cien por cien con materiales reciclados, a los que luego da vida en *Stop Motion* —el arte de los grandes animadores y no ese feo 3D que nos invade—, protagonistas de sus historias, que giran alrededor de Sandy, una niña en el Muro de cuya habitación aparecen de repente ciertas manchas que pronto se convierten en una extraña, divertida y a veces siniestra colección de personajes, buenos y malos, que espera lleguen a ser también héroes de una serie de animación para todos los públicos... que se lo merezcan.

Aunque Alexandra se fue —para volver después—, De la Calle no tuvo



Ignacio del Valle y Javier Hernández Vázquez.

tiempo ni de mover el culo, pues al instante siguiente, siendo ya las siete de la tarde, estaba manteniendo una aguda y divertida charla con el escritor argentino, director del festival Córdoba Mata, Fernando López, quien vino a presentar su nueva novela, *Odisea del cangrejo* (Planeta). Gracias a ello, comprobamos que pese a sus superpoderes, dudosamente adquiridos, el director de la Semana Negra no es Dios: no había tenido tiempo de leerse el libro, y tuvo que confesar que se trataba de la primera vez que le ocurría tal cosa. Pero como sabe más el diablo por diablo que por viejo, rápidamente desvió la conversación hacia otras hierbas, haciendo confesar al autor que su negro y criminal festival cordobés, que tantas satisfacciones le produce y tantos disgustos le diera también, es hijo —bastardo, por supuesto— de la propia Semana Negra. Finalmente, pese a todo, logramos enterarnos de qué iba su nueva novela, que encima es un dos por uno, en la que un juez bastante sospechoso oficia de protagonista, y cuyo tono es más dramático y oscuro que aquél al que

nos tiene acostumbrados en su conocida serie de novelas protagonizadas por el detective de barrio Philip Lecoq (este hombre sí que sabe de novela criminal...), más volcadas en el humor y el costumbrismo. Este viejo conocido de la SN nos conquistó con su simpatía, y personalmente le perdono haberme dado el disgusto de darme la noticia del fallecimiento de la gran Isabelita Sarli.

Otro viejo amigo de la SN —más amigo que viejo—, José Luis Muñoz, se apareció a continuación, pero no junto a su presentador inicialmente programado, Alejandro Gallo, sino acompañado del siempre servicial a la par que erudito Germán Menéndez, quien nos aclaró raudamente el misterio: Gallo estaba en la Carpa del Encuentro, junto a Paco Taibo II, liberando París de los nazis, así que mejor que no viniera. Por su parte, Muñoz no traía un libro, no. Ni dos, no. Traía ¡tres libros a presentar! Y en un *tour de force* inédito, ambos, Germán y él, dieron cuenta y resumen de los mismos. *El mokore-ro del Okavango* (Verbum), selección de relatos que tiene como protagonista la negritud —¿será correcto ahora este término que en los años sesenta y setenta era reivindicado por los propios afrodescendientes de color subsahariano o cómo sea que se diga ahora?— y que abarcan desde el humor (iba a hacer un chiste fácil, pero lo dejo...) a la crítica social y desde la esclavitud de antaño a la de ahora, con un toque romántico y sentimental que hasta hace saltar las lágrimas del propio autor; *La Diosa de Hielo* (Bohodón), novela de aventuras prehistóricas y de crecimiento e iniciación que nos puso los dientes largos como un sable; y, finalmente, *El bosque sin límites* (Atlantis), la negra del grupo, cuarta entrega de su tetralogía sobre el conflicto de ETA y, como las anteriores, marcada por su negativa a caer en el maniqueísmo y los tópicos.

del tinerfeño Javier Hernández Velázquez, evocación implacable y cruel de la guerra del Rif, galardonada con el premio Alejandro Dumas de novela histórica, que su presentador —no menos ubicuo que De la Calle—, el escritor y cronista también de esta Semana Negra, Ignacio del Valle, comparó apropiadamente con el clásico de Ramón J. Sender *Imán*, publicado en 1930. Del Valle aprovechó el momento para anunciar que esta semana el Aula de Cultura de El Comercio, en Oviedo dedica todas sus actividades a la figura del periodista y escritor asturiano Alberto Piquero, recientemente fallecido.

Como hacía ya un buen rato que le echábamos de menos, Ángel de la Calle se materializó de nuevo, pero esta vez en olor de multitudes: con él venían José Campoh, dibujante de cómic colombiano y organizador de CaliComix; Luis Gantús, experto mexicano en el mundo del tebeo y la narrativa gráfica, director del multitudinario festival CONQUE, que se celebra en la ciudad de Querétaro, y también nuevamente Alexandra Ramírez, esta vez en su condición ya mentada de directora del Viñetas con Altura de Bolivia. Y vinieron para hablarnos de *Influencias y diferencias en los festivales de cómic de habla española*, que fue por cierto lo que hicieron hasta llegar a la conclusión de que, con sus diferencias y similitudes, que van de la apuesta por el cómic de autor de Viñetas con Altura al estilo más yanqui de CONQUE, que abarca también cine y videojuegos, pasando por el de CaliComix con su promoción de los dibujantes y guionistas nacionales, con temática igualmente nacional, lo más triste de todo es que un mercado posible de más de quinientos millones de hispanohablantes no consiga crear un intercambio cultural fluido y rentable para los artistas de historietas, ante la incompetencia y ceguera de editoriales y multinacionales. Por cierto que todos estos artistas —así como escritores— latinoamericanos que pasaron ayer y seguirán pasando por la Semana han traído consigo obras que, si no se compran estos días aquí en Gijón y la SN, no será fácil que vuelvan a verse en nuestro país, ni siquiera vía Amazon o IberLibro (así que, ya saben: a comprar o morir).

Al final, se nos echó la noche encima con el regreso (ayer el Espacio AQ era un poco como un bucle espacio-temporal) del escritor José Luis Muñoz, acompañado (¡otra vez!) por Ignacio del Valle, para presentar su colección de novela negra Sed de Mal, cuya segunda entrega ha sido precisamente *El bosque sin límites*, presentada pocas horas antes. Y antes de que volviera de nuevo Ángel de la Calle con Michel Suárez y Dulce Gallego, para presentar otra vez *El fondo de la virtud* y descubriéramos que no había modo de escapar del Espacio AQ hasta el final de los tiempos, salimos huyendo por una grieta en el *continuum* para volver, eso sí, mañana con más historias que contar.



Mesa redonda sobre los festivales de cómic de habla española.



Locura

Sección coordinada por Jesús Palacios

Querido Vincent:

Al parecer, la lectura de uno de los libros presentados en la Semana Negra, *Yo loco*, creado por **Antonio Altarriba** como guionista —loas sean dadas a los guionistas, pues sin ellos y, sobre todo, sin El Guionista la realidad misma cesaría de existir...—, lo que en el fondo quizá no sea tan mala idea— y el brillantemente oscuro Keko como ilustrador, le ha causado no

sólo profundo impacto sino enfermiza inquietud, hasta el extremo de que empieza a plantearse los límites entre locura y normalidad, entre cordura e idiocia y entre lo que se considera enfermedad mental y lo que, en realidad, no sería otra cosa que ese monstruo al que llamamos con falsa simpatía *naturaleza humana*. Tranquilo, Vincent: la cosa no es como para cortarse una oreja.

El problema de la locura ha ocupado muchas horas de mi vida, ya que he de confesar, y lo hago aquí abiertamente, a los ojos del mundo, que yo mismo he temido a menudo por mi salud mental y no son pocos quienes se han atrevido a poner en tela de juicio, precisamente, mi capacidad de juicio. «¡Loco!» nueve me llamaron... «¡Loco!», los nueve que a mi amada mataron... «¡Loco!» y con sus vidas lo pagaron... ¡Ha, ha, ha...! Es broma, Vincent, queridos lectores. Sólo una demostración práctica de cómo el delirio que funde y confunde realidad con ficción, mentira con verdad, es tan fácilmente manipulable que nos obliga a plantearnos constantemente sus límites y limitaciones. Mi buen amigo, el Dr. Caligari, cuyo sanatorio psiquiátrico en Berlín es una de las instituciones más prestigiosas del mundo, por la que han pasado pacientes tan célebres y perfectamente reintegrados a la vida normal como **Adolf H.**, sostiene que la única forma de tratar correctamente la locura es volviéndose, claro está, loco. Sólo así puede el verdadero psiquiatra penetrar en la mente de la persona enferma y sanarla desde el interior. Pero, dirás tú, Vincent, entonces, ¿cómo distinguimos al paciente loco de su loco doctor? Pues sencillamente por su bata. Por su cargo. Por la placa en la puerta de su consulta. Quizás conozcan ustedes el famoso caso del Dr. Tarr y el profesor Feather, si no es así, les recomiendo que lo lean, pues resulta sumamente instructivo.

Todo esto quizá no le esté siendo de mucha utilidad, mi buen Vincent. Quizá esperaba usted que una eminencia holística como el Dr. Phibes —y no: hablar de uno mismo en terce-

ra persona no es síntoma de demencia, se lo aseguro— pudiera ofrecerle un fácil sistema por el que delimitar claramente las fronteras entre locura y cordura, gracias al cual detectar rápidamente y con pristina transparencia los síntomas incipientes que pueden conducir a la demencia, para así atajarlos a tiempo. Incluso puede que soñara con una libreta llena de recetas con mi firma para atiborrarse de antidepressivos, ansiolíticos y psicotrópicos con los que adormecer su sensibilidad, para así evitarse el dolor, el sufrimiento y la angustia de lo que no es otra cosa que la vida misma. Pues precisamente eso es lo que voy a hacer. Voy a darle, y con usted a todos mis lectores de ambos sexos, la piedra filosofal del médico de almas. La solución definitiva para curar toda suerte de afecciones mentales: abrace a la locura, Vincent. No la evite, no la tema, no la rehuya. Déjese acunar por sus peludos brazos. Recuerde que ser paranoico no quiere decir que no le estén persiguiendo. Que es mejor estar loco que muerto y... ¿acaso no dice la sabiduría popular que «hay que hacer alguna locura en la vida»? ¡Vaya más allá, Vincent, y convierta su vida en pura locura! Haga oído sordo a los consejos de los sicarios del Estado Terapéutico: ellos le quieren cuerdo, pero eso sólo quiere decir ciego, sordo y mudo. Amigos míos, sigan este humilde consejo: ¡vuélvanse locos de atar! Pero, eso sí: disimulen, vistan incluso la bata del médico, el uniforme de la policía, la toga del juez, la sotana del sacerdote... y disimulen. ¿No lo hacemos todos?

Hasta mañana, mis pacientes amigos.

La penúltima de Teobaldo

Cuando la Semana duerme

Sí, doña Engracia, es cierto: hay momentos en los que la Semana descansa. Están esta edición, desparpadamente, porque los hoteles de Gijón no dan abasto con tanto evento, así que las personas que han venido a ilustrarnos con sus obras y opiniones andan distribuidas por diferentes alojamientos. En el fondo una ventaja, si se piensa en difusión.

Desde dentro, el ritmo intenso de varias carpas funcionando a la vez, con presentaciones cada media hora, te sumerge en una ola de emoción y ocupación, incluso física, que te podría desconectar de la realidad exterior. Pero, de una parte, somos lo suficientemente curiosos (¿cotillas, quizá?) como para mantener el periscopio alerta de cuanto pasa; de

otra, la vida nos da toques de atención permanentemente. Así que, el mismo día que se abría la Semana, se cerraban los capítulos del personaje **Arturo Fernández**, langreano reconvertido, como tantos.

Apenas pronunciadas las palabras de **Paraja** que fueron titular de prensa, «se acabó la época de la resistencia y llegó la de avanzar» —dedicadas, cree uno, a la señora alcaldesa, que sí le estaba escuchando—, llegaba la noticia del fallecimiento del hijo del anarquista ferroviario. Espabilado por la miseria, en cuanto se enfundó un traje se olvidó del mahón proletario.

Jesús Palacios entiende de cine y comenta en la tertulia semanal que hay un Arturo actor en buenas cintas catalanas de cine negro. Efectivamente, me viene a la memoria una que pusieron en La 2, en la que

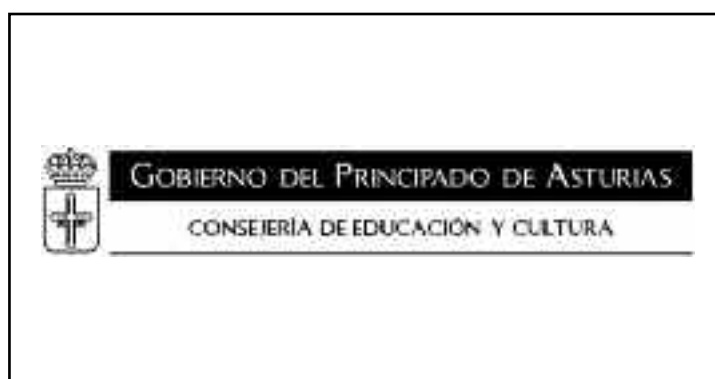
hacia de malo. Si Usted, Doña Engracia, realiza el ejercicio mental de borrarle la sonrisa, verá que en el fondo se le pone cara de truhán. Las apariencias engañan, el personaje puede a la persona. Las visitas a su madre y a la familia del barrio Urquijo, ése que en el treinta y cuatro vio volar por la dinamita la casa-cuartel de la Guardia Civil, hablan de otra faceta del poliedro.

Había en esa tertulia autoras y autores americanos, ya lo habrá leído usted: **Alexandra Ramírez**, de Bolivia; el colombiano **José Campoh**; **Fritz Glockner**, que aunque no lo parezca por el nombre es mexicano. Su hija, pequeña y dinámica, no le dejaba bajarse a fumar en las estaciones: si el Tren se iba no era plan de quedarse sin padre tan lejos de casa. De la misma procedencia ha llegado también un tal **Pa-**

co Ignacio Taibo Dos Palitos, que me suena de algo relacionado con la Semana...

Me los imagino a todos ellos despertarse con la gran noticia de la semana periodística, el más enorme descubrimiento de la historiografía moderna, dado a conocer con motivo de la fiesta nacional de los gringos. Su presidente, el Emperador, **Donald el Tramoso**, proclamó solemnemente: «En junio de 1775, el Congreso Continental creó un ejército unificado [...] Nuestro ejército unificado se hizo con el aire, embistió murallas, tomó aeropuertos e hizo todo lo que tenía que hacer». ¡Que callado lo tenían! No solamente idearon el Séptimo de Caballería para alegría del cine, sino que también disponían de aviones un siglo antes de que se inventaran.

Teobaldo Antuña

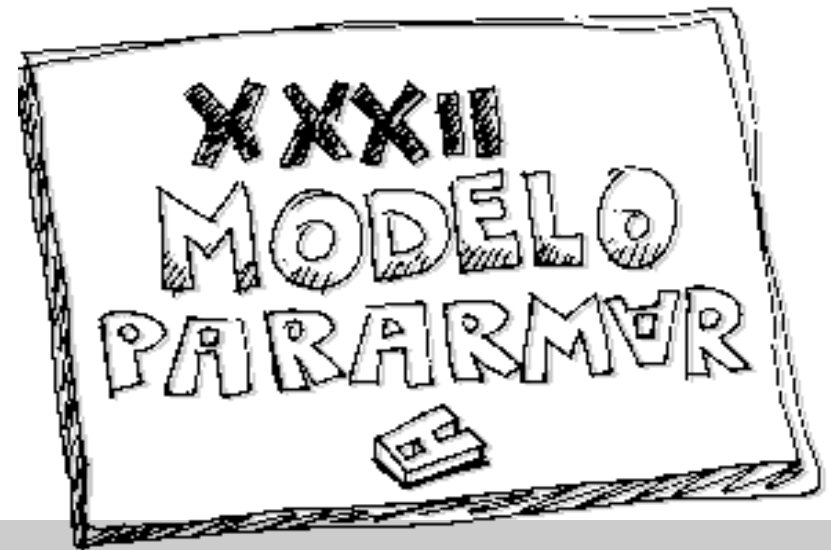


PROGRAMA

l u n e s 8

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 4 de *A Quemarropa*.
- 17.00** Apertura del recinto de la Semana Negra. Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Terrazas. Atracciones de feria.
- Apertura de exposiciones:
- *Back to black*. Víctor Santos (Carpa de Exposiciones).
 - #404 *Comunicación popular* (Carpa del Encuentro).
- 18.00** (Carpa del Encuentro) Mesa redonda: *Nueva narrativa negra Vasca*. Con **Jon Arretxe**, **Javier Sagastiberri** y **Juan Infante**. Conduce Nacho S. Álvarez.
- 18.00** (Espacio A Quemarropa) Presentación: *Oxidación* de **Carlos Barral**. Con Javier García Rodríguez.
- 18.00** (Carpa de La Palabra) Cuentacuentos. Con Merche Medina.
- 18.30** (EAQ) Presentación: *El largo invierno Saharahui* de **Teodoro L. Basterra**. Con José M. Estébanez.
- 18.30** (CdLP) Presentación: *Soy Rose Black* de **Ana Ballabriga** y **David Zaplana**. Con Beatriz Rato.
- 18.45** (CdE) Presentación: *Dinos dónde estás y vamos a buscarte* de **Marisol Pérez Urbano**. Con Pepe Gálvez.
- 19.00** (EAQ) Presentación: *Los cómics de Luis Gantús*. Con Ángel de la Calle.
- 19.00** (CdLP) Aula SN. Charla: *Agujeros negros* por **Enrique Fernández**. Con Carlos Erice. Colabora el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Proyección Internacional de la Universidad de Oviedo.
- 19.15** (CdE) Presentación: *13* de **Steve Cavanagh**. Con Germán Menéndez.
- 19.30** (EAQ) Presentación: *No digas nada* de **Jon Arretxe**. Con Nacho S. Álvarez.
- 20.00** (CdE) Presentación: *El abrazo del monstruo* de **Félix J. Palma**. Con José M. Estébanez.
- 20.00** (EAQ) Presentación: *Lo que la noche sabe* de Carlos Salem e **Iñaki Echeverría**. Con Norman Fernández y Ángel de la Calle.
- 20.00** (CdLP) Presentación: *Resulta fácil hablar del día que vas a morir* de **Miguel Rojo**. Con Miguel Barrero.
- 20.30** (CdE) Mesa redonda: *Narrar en español fuera de España*. Con **Fernando López** (Argentina), **José Campoh** (Colombia), **Alexandra Ramírez** (Bolivia), **Luis Gantús** (México), **Ricardo Viguera** (México), **Elpidia García** (México). Conduce Fritz Glockner.
- 20.30** (EAQ) Presentación: *El precio del silencio* de **Juan Infante**. Con Nacho S. Álvarez.
- 20.45** (CdLP) Presentación: *Como la muda al sol d'una llagartesa* de **Berta Piñán**. Con Dulce Gallego y Ángeles Carbajal.
- 21.00** (EAQ) Presentación: *Una tumba sin nombre* de **Javier Sagastiberri**. Con Luis Artigue.
- 21.30** (CdE) Mesa redonda: *Poder y desaparición. Los campos de la muerte en las narraciones contemporáneas*. Con **Iñaki Echeverría**, **Fritz Glockner**, **Fernando López** y **Norman Fernández**. Conduce: Ángel de la Calle.
- 21.30** (CdLP) Mesa redonda: *Las oportunidaes de la oficialidá pa la industria cultural d'Asturies*. Con **Berta Piñán**, **Inaciu Galán**, **Anabel Santiago**, **Cristóbal Ruitiña** y **Víctor Suárez**. Modera María Luz Pontón.
- 22.30** Concierto en el escenario central:

DAKIDARRÍA



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Hoy voy a ir muy al grano: miren qué poemas tan buenos contiene el *Oxidación* de **Carlos Barral**, que se presenta hoy.

Avanza la tarde

Avanza la tarde un día soleado en los albores del otoño.

Hace frío en la sombra pero al sol aún se demoran algunos rescoldos de tibieza.

Estos días de amargura en sus entrañas tienen tramontanas y nudos de garganta

y alteraciones rítmicas en el estómago

y una solitaria eficacia de triste espanto.

Es ahora que la tarde avanza cuando caben ideas tenues en tus pasos, pasos que se han ido por arte de magia, entre las hojas caídas.

*

Templo para la defecación

Si los hombres de bien se suicidan hipotecados entonces la sociedad es un estercolero, el teatrillo de un director macabro.

Si las ruinas arramblan con las vigas maestras y las hemorragias canalizan el caudal de la vastedad, entonces este mundo es el de la vergüenza y el asco.

Si este desamparo es el techo de los hombres y el mecanismo de defensa es un machete afilado, sin duda este es un gran templo para la defecación.

*

Compréndelo

Acepta por favor mis disculpas por lo que dije aunque, lo juro, fue en legítima defensa.

Luego crucé las vías con ardor pacífico e incluso soñé con la libertad de la escoria.

Por no callar cité tu nombre, ¡compréndelo!

me hallaba tremendamente solo, hambriento y llovía a mares.

Te pido perdón si es que mi proceder te ha provocado desagradables

consecuencias aunque me consuela saber que no me odias

y me conforta creer que te atribulas al pensar en mí.

Ahora no quiero descentrarme, ahora, cuando veo cruzar el tiempo en zigzag.

Porque mientras los recuerdos se apoderan de mis emociones

y ya no sé qué aventuras me deparará la vida, en estos instantes,

dudo entre darte las gracias o pedirte perdón.

PROGRAMA ALTERNATIVO

Kamtxaka

18:00 h. ¿De qué van estos Güeligaites?

Organiza: Güeligaites.

20:30 h. Pedaleando el mundo.

20:30 h. Presentación del libro de Pilar Tejera con Sofía Costa y presentación de *El 8 del 8 montamos un chocho*.

21:00 h. Pinchada ciclofeminista.

Organiza: 8MuyeresEnBici.